

Ha muerto Ortega y Gasset

Fuerza es que recordemos de vez en cuando aquellos versos de Calderón, cuando la muerte llevándose a alguien de nuestro lado, nos iguala a todos ante el gran teatro de las verdades: «Ya que he igualado cetros y azadones, —al teatro pasad de las verdades, —que éste el teatro es de las ficciones».

No faltaron quienes creyeron que mostraríamos indiferencia hacia Ortega en un Instituto que ha criticado con frecuencia sus ideas. Pero yerran completamente si así lo imaginan: la firmeza en las ideas, nunca se ha de confundir con el amor a la persona. En la persona vemos siempre una hechura del Creador, un redimido por la sangre de Jesucristo. Y en Ortega esto veíamos: un hijo de Dios, pero hijo cuyas ideas no podíamos dejar de combatir por amor a la Verdad y por fidelidad indeclinable a ella, aunque su persona no nos fuese, ni nos sea, indiferente.

Nos dieron íntimo gozo los informes que se extendieron de fuente fidedigna, sobre los sentimientos que animaron su alma en los últimos días de su vida. No todo sin embargo ha sido del mismo género: muy bien hizo su papel el que se iba; muy mal, lo han hecho algunos de los que se quedan. Recuérdese, por ejemplo, aquella triste manifestación promovida por un grupo (de actitud bien conocida), que llevó a numerosos estudiantes de Madrid al sepulcro de Ortega con una corona cuya cinta proclamaba, sin matizaciones ni distingos, «maestro y guía» (que por desgracia no en todo lo puede ser) de la «juventud universitaria española» (nadie ha delegado en aquel grupo lo que muchísimos universitarios opinamos); y sobre todo, que llegados a la tumba no supiesen hacer más que el frío gesto de echar encima de la losa un puñado de tierra, rasgo más digno de un pagano, que en la tierra lo sepulta *todo*, que de un católico, para quien «la vida se cambia, no se quita», y que levanta su corazón a Dios para provecho del alma de aquel a quien quería.

Ha sido un símbolo. Ahora también las revistas siguen orquestando de modos diversos el tema de Ortega. Nos aflige ver tanta desorientación, tanta superficialidad y ligereza, en quienes suponíamos algo más de lastre. Y sin embargo no pocos artículos son puramente un ditirambo, un panegírico tan irreal, que al mismo autor avergonzarían si por acaso, como se cuenta de aquel rey, pudiese ver sus propios funerales. Estas alabanzas tan poco ajustadas a la realidad (por ejemplo cuando se le atribuye el mérito de grandes y nuevas concepciones filosóficas, que a cualquier ex-

tranjero colocado fuera de esta atmósfera artificial harían reír), hacer pensar en aquella reacción que anota Tamayo y Baus, cuando pone en boca de un envidioso aquella frase: nunca se aplaude tan frenéticamente, como cuando se aplaude lo que no lo merece. Pero, merecido o no (prescindamos de momento de ello), por lo menos es innegable que nos es preciso disentir en muchos puntos de los escritos de Ortega, si no queremos perder lo más inestimable de nuestras ideas y verdades.

En un guión de revista no podemos extendernos en largas demostraciones, pero sí, podemos fijar nuestra posición, recordando la que desde hace años el Instituto Filosófico de Balme-siana ha tomado. Recordemos algunos puntos y añadamos ahora los que son del caso:

1º La crítica de las ideas que tenemos por falsas y disolventes, no se extiende a la persona. La intención «objetiva» de una obra, puede ser expuesta por un comentador y puede ser criticada; a veces debe ser criticada. La intención puramente «subjetiva» sólo puede ser juzgada por Dios.

2º Nos parece que es una actitud apasionada y equivocada la del ditirambo servil e incontrolado a la producción orteguiana, tributado sin matizaciones ni distingos. Cualquier persona no prevenida con prejuicios, y que conozca suficientemente la Filosofía, advertirá que en muchas de las páginas de sus obras está acechando constantemente el relativismo, que hace estragos en el mundo de hoy. En cierto período de la vida de Ortega era el «perspectivismo» su tema favorito; en otro el «slogan» de preferencia fué el de «la historia» y «la razón histórica»; en un tercero, fué «la vida» y «la razón vital». Pero en todos ellos falta una fundamentación y hasta expresión suficientemente clara y definitiva de la verdad absoluta, de la verdad firme e inmutable, aquella que trascendiendo el orden de lo subjetivo y mutable, se reconoce anclada en el ser, con exigencia de universalidad y de necesidad.

3º A nosotros, cuyo ideal es precisamente la progresiva elaboración de la «Filosofía cristiana» nos parece enteramente fundamental alguna verdad, como expuso hace poco, un conocido escritor de este Instituto, el señalar tres puntos: a) la tesis del valor de nuestra mente para alcanzar una verdad inmutable, necesaria y universal, sobre la realidad ontológica del ser transcendente al pensar y al horizonte temporal del sujeto conocedor; b) que en consecuencia podemos demostrar (no meramente «postular» o «sentir») la existencia de un Dios, ser Transcendente, cuyos atributos de Infinitud, Veracidad, Creador del cosmos, de igual modo demostraremos; c) que el bien y el mal moral son por tanto en la ética de la «Filosofía Cristiana» manifestación de un decálogo *objetivo*, manifestación de relaciones *esenciales* del ser de la criatura al ser del Creador, y por tanto, decálogo

que no depende de la evolución de la historia, de la cultura ni de cualquier otro elemento contingente, sino que con nuestra razón podemos deducir y defender.

Ahora bien, toda filosofía que en esto falla (o por negarlo, o por lo menos por tratarlo con deficiencia notoria, o hasta simplemente por dejarlo en la confusión, de tal manera que a partir de ella no se puedan asentar estas verdades) juzgamos que es una filosofía «radicalmente deficiente» —y usamos esta palabra más mitigada, para no tener que decir «radicalmente degradada», que a ciertos oídos parecería dura y por ello preferimos no hacer nuestra.

Ante esta nuestra posición, bien firme y consciente; ante todo aquél que quiera acoger en su alma el grito de la Verdad, no faltarán voces que nos dirán (¡ya nos lo han dicho!) que somos «detractores» de Ortega. Realmente no es así. Con complacencia reconocemos que hay muchos valores en Ortega: literarios, culturales, de ingenio, de estimulación, de actividad, en unos momentos históricos en que no era la actividad filosófica lo que más abundaba en España. No solamente lo reconocemos, sino que no vemos inconveniente en que otros lo pongan de relieve, si lo hacen en la forma debida.

Pero ¡por Dios! ¡no fomentemos el confusionismo y la claudicación, con pretexto de no ser «detractores»! Que en una distinguida revista católica se haya deslizado inadvertidamente un artículo confusionista de quien no tuvo pecho para decir la verdad que él mismo siente, es algo lamentable, pero por desgracia muy posible. En cambio, que cunda este ambiente confusionista (que al fin termina siempre en el «indiferentismo») es una inconsciencia inverosímil, una especie de suicidio social, que ha de estar muy lejos de España.

Uno de nuestros cometidos (bien duro, ciertamente) ha sido proclamar en un tiempo de alabanzas serviles y desorbitadas, que hay jerarquía en el ser; que nunca se puede anteponer un valor cultural o humano al valor eterno e inmutable de la Verdad; que nunca podemos vender el tesoro de la que llaman los Sumos Pontífices «filosofía cristiana», por treinta dineros.

Una vez cumplida esta misión (en la cual insistimos porque es precisamente la que hace más falta hoy día y uno de los portillos por donde puede venir a España su quiebra) no tendremos inconveniente en que subrayemos todo lo que queda de aprovechable en el «opus orteguiano» que aun fuera de frases «horribles», tiene también grandes errores, y algunos valores considerables en literatura y culturalismo.

En esto, además de amigos del hombre, hermano nuestro, lo seremos también de todas las partículas de Verdad, que hállese donde se hallen, son siempre destellos del que como Autor de todo, es la Suma Verdad y el Sumo Bien.